



NATURAL DE CORDOBA (c1494-1531) y considerado como la figura más importante del humanismo español que se inscribe en la tradición del pensar la dignidad del hombre en el mundo, el autor de este coloquio de tipo renacentista se hizo famoso después de su muerte gracias al humanista Cervantes de Salazar, quien incluyó este Diálogo en su compilación de 1546 que tituló *Introducción para ser sabio*. Gabriel Ramos Bejarano lo incluyó en la edición cordobesa de 1586 que recogió todas las obras del maestro Pérez de Oliva. Se ha modernizado la ortografía original para facilitar al lector de la *Revista de Santander* su lectura.

Argumento del Diálogo de la dignidad del hombre:

Yéndose a pasear Antonio a una parte del campo donde otras muchas veces solía venir, le sigue Aurelio, su amigo; y preguntándole la causa por que acostumbraba venirse allí comienzan a hablar de la soledad. Y tratando por qué es tan amada de todos, y más de los más sabios, entre otras razones Aurelio dice que por el aborrecimiento que consigo tienen los hombres de sí mismos por las miserias y trabajos que padecen aman la soledad.

Pareciendo mal esta razón a Antonio, por no haber criatura más excelente que el hombre ni que más contentamiento deba tener por haber nacido, dice que le probará lo contrario. Y así determinados de disputar de los males y bienes del hombre, para más a placer hacerlo, se van hacia una fuente.

Junto a ella hallan un viejo muy sabio llamado Dinarco con otros estudiosos, y entendiendo la contienda y constituido por juez de ella manda a Aurelio que hable

primero y luego Antonio diga su parecer. Habiéndoles oído Dinarco, juzga en breve de la dignidad del hombre lo que con verdad y cristianamente debía, habiendo sustentado Aurelio lo que los gentiles comúnmente del hombre sentían.

Interlocutores:

AURELIO.

ANTONIO.

DINARCO.

AURELIO. —Viéndote salir, Antonio, hoy de la ciudad, te he seguido hasta ver este lugar do sueles tantas veces venir a pasearte solo, porque creo que digna cosa será de ver lo que tú con tal costumbre tienes aprobado.

ANTONIO. —Este lugar, Aurelio, nunca fue tal ni de tanto precio como es agora que eres tú venido a él.

AURELIO. —Nadie puede darle mejoría siendo de ti anticipado.

ANTONIO. —No quiero responderte, por no darte ocasiones de lisonjearme,



sino quiero mostrarte lo que eres venido a ver. Mira este valle cuán deleitable parece, mira esos prados floridos y estas aguas claras que por medio corren; verás esas arboledas llenas de ruiseñores y otras aves que con su vuelo entre las ramas y su canto nos deleitan, y entenderás por qué suelo venir a este lugar tantas veces.

AURELIO. —Hermoso lugar es éste, y digno de ser visto, pero yo sospecho, Antonio, que otra cosa buscas tú o gozas en este lugar, porque según tú eres sabio y de más altos pensamientos bien sé que esas cosas sensuales ni las amas ni las procuras; por eso yo te ruego no me encubras las causas de tu venida.

ANTONIO. —Pues así lo quieres, sabe que en estos valles mora una que yo mucho amo.

AURELIO. —Agora veo, Antonio, que has gana de burlarme. Dime, yo te ruego, ¿qué tienen que hacer los amores con tu gravedad, o las vanidades con tu sabiduría?

ANTONIO. —Verdaderamente, Aurelio, así es como te digo, que en aqueste valle mora una sin la cual yo por la vida me daría poco.

AURELIO. —Grande debe ser su bondad y hermosura pues a ti, que menosprecias el mundo y sus deleites, te trae tan enamorado, con codicia de verla o alcanzarla. Dime al menos su nombre, si por celos no me la quieres mostrar.

ANTONIO. —Soledad se llama.

AURELIO. —Yo bien sabía, Antonio, que algún misterio tenían tus amores. Ésa tiene otros muchos amadores, como sabes, y pues es así, yo te ruego que me declares cuál es la causa, a tu parecer, porque los hombres aman la soledad y tanto más cuanto son más sabios.

ANTONIO. —Porque cuando a ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres donde nos encendimos en vanas voluntades, o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho y nos abre las

puertas de la sabiduría para que, sanando el ánimo de las heridas que recibe en la guerra que entre las contiendas de los hombres trae, pueda tomar entero a la batalla. Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres si muchas veces no está solo a contemplar qué hará acompañado; porque como los artífices piensan primero sus obras que pongan las manos en ellas, así los sabios antes que obren han de pensar primero qué hechos han de hacer, y cuál razón han de seguir. Y si esto consideras, verás que la soledad es tan amable, que debemos ir a buscarla doquiera que la podamos hallar.

AURELIO. —Bien veo, Antonio, que ay esos provechos que dices de la soledad, pero yo tengo creído que otra causa mayor hay.

ANTONIO. —¿Qué causa puede haber mayor?

AURELIO. —El aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano por el cual somos inclinados a apartarnos unos de otros.

ANTONIO. —¿Tan aborrecibles te parecen los hombres que aun ellos mismos por huir de sí busquen la soledad?

AURELIO. —Paréceme tanto, que cada vez que me acuerdo que soy hombre querría o no haber sido, o no tener sentimiento de ello.

ANTONIO. —Maravíllome, Aurelio, que los autores excelentes que acostumbras a leer, y los sabios hombres que conversas, no te hayan quitado de ese error.

AURELIO. —Mas antes éstos me han puesto en este parecer; porque, mirando yo a ellos como a principales del género humano, nunca he visto cosa por do tuviese esperanza que pueda venir el hombre a algún estado donde no le fuera mejor no ser nacido.

ANTONIO. —Grande me parece este tu error, y no digno de tal persona como tú. Si te place, disputarlo hemos aquí, cabe una fuente sentados, que yo confío de hacerte mudar este parecer.

AURELIO. —Tú me guía, que yo te seguiré, mas no con esperanza de lo que prometes; porque yo tengo tan miradas las miserias de los hombres, que pienso que en lugar de quitarme mi propósito me confirmarás en él, porque, viéndote vencido en tal contienda, terné confianza que nadie se me podrá defender.

ANTONIO. —No han menester amenazas los que tienen las armas en la mano y el campo libre. Ya nosotros estamos cerca de nuestro asiento, allí mostrarás cuánto puedes. Pero gente veo entre los árboles, temo que nos estorben.

AURELIO. —Dinarco es el que está sentado cabe la fuente, y los otros que con él están son los hombres buenos amadores de saber que lo siguen siempre.

ANTONIO. —Pues esos no serán estorbo, antes he gran placer que estén aquí porque Dinarco sea nuestro juez, al cual yo doy la ventaja de todos nuestros tiempos así en virtud como en letras.

AURELIO. —Y los otros serán nuestros oyentes. Lleguemos a él, que visto nos ha.

ANTONIO. —Muchas veces, Dinarco, he holgado de venir a esta fuente, mas no tanto como agora que la hallo tan bien acompañada; si ella estuviese siempre así no habría para mí lugar más deleitable.

DINARCO. —Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se debe desear mejor.

ANTONIO. —No está bien acompañada sino una fuente con otra: esta es fuente de agua clara y tú eres fuente de clara sabiduría, así que sois dos fuentes bien ayuntadas para entera recreación del ánimo y del cuerpo.

DINARCO. —Mejor hace Aurelio en no decirme nada, que tú, Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

AURELIO. —Yo no dejo de ayudar a Antonio, sino porque no sabré decir cosas iguales a tu merecimiento.

DINARCO. —Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Agora decid qué ocasión os ha traído por acá.

ANTONIO. —Gana de hablar en una disputa que habíamos comenzado.

DINARCO. —¿Qué disputa es?

ANTONIO. —Sobre el hombre es nuestra contienda, que Aurelio dice ser cosa vana y miserable y yo soy venido a defenderlo; y querémoste rogar tú seas nuestro juez, a quien todos con mucha razón acatan por sabio principal.

DINARCO. —Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me tenéis, por cumplir vuestra voluntad como deseo. Pero, de cualquier manera que sea, yo y estos mis amigos holgaremos de oír tan buena disputa, y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hubiéredes menester; de donde yo pienso quedar tan instruido, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

ANTONIO. —Pues tú nos muestra la manera que debemos tener en esta disputa.

DINARCO. —Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio; y así guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decía, y después el defensor.

AURELIO. —Pues vosotros os sentad en esos céspedes, y yo en este tronco sentado os diré lo que me parece.

DINARCO. —Sentáos todos, de manera que podáis tener reposo.

AURELIO. —Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad; pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nacimiento a la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos días

que duramos como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor, que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos cómo ellas son malas, con mayor voluntad desearíamos la muerte que amamos la vida.

Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguera y tal olvido que no viérades la miseria de nuestra humanidad, ni sintiérades la fortuna, su atormentadora; pero pues por vuestra voluntad que grande mostráis de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido a haceros esta habla, si por ventura mis palabras fueren causa que recibáis dolor cual ante no habiades sentido, vosotros tenéis la culpa, que mandáis aquesto a quien no puede dejar de obedeceros.

Oíd pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandáis, no según que pertenece para ser bien declarado (porque a esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque sólo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello según la experiencia que podemos alcanzar en los pocos días que vivimos, de tal manera que el tiempo baste, y la paciencia que para oír tenéis aparejada.

Primeramente considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, veremos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra; donde no hay mudanza en las cosas ni hay causas de su detrimento, mas antes todo lo que en el cielo ay persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos que reciben pura la lumbre del cielo.

Nosotros estamos acá, en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra donde todas las cosas se truecan con breves mudanzas; comprehendida en tan pequeño espacio, que sólo un punto parece comparada a todo el mundo, y aun en ella no tenemos licencia para toda. Debajo las partes

sobre que se rodea el cielo nos las defiende el frío en muchas partes; los ardores, las aguas en muchas más; y la esterilidad también hace grandes soledades, y, en otros lugares, la destemplanza de los aires.

Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraídos en muy chico espacio, en la más vil parte de él, donde nascemos desproveídos de todos los dones que a los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, a otros de pluma, a otros de escama y otros nascen en conchas cerrados; mas el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él hallan el frío y el calor es la carne. Así sale al mundo como a lugar extraño, llorando y gimiendo como quien da señal de las miserias que viene a padecer. Los otros animales, poco después de salidos del vientre de su madre, luego como venidos a lugar propio natural, andan los campos, pacen las yervas y, según su manera, gozan del mundo; mas el hombre muchos días después que nace ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe do buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del aire; todo lo ha de alcanzar por luego discurso y costumbre, donde parece que el mundo como por fuerza lo recibe y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crían, le da lugar en la vida, y aun entonces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos, que la naturaleza hizo mansos, viven de yervas y simientes y otras limpias viandas; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros animales.

Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales: muchos tienen mayor cuerpo do reine su ánima, los toros mayor fuerza, los tigres ligereza, destreza los leones y vida las cornejas. Por los cuales ejemplos, y otros semejantes, bien parece que debe ser el hombre animal más indigno que los otros, según naturaleza lo tiene aborrecido y desamparado; y pues ella es la guarda del mundo que procura el bien universal, creíble cosa es

que no dejara al hombre a tantos peligros tan desproveído, si él algo valiera para el bien del mundo.

Las cosas que son de valor estas puso en lugares seguros, do no fuesen ofendidas: mirad el sol dónde lo puso, mirad la luna y las otras lumbres con que vemos; mirad dónde puso el fuego por ser el más noble de los elementos. Pues a los otros animales, si no los apartó a mejores lugares, armólos a lo menos contra los peligros de este suelo: a las aves dio alas con que se apartasen de ellos; a las bestias les dio armas para su defensa, a unas de cuernos y a otras de uñas y a otras de dientes; y a los peces dio gran libertad para huir por las aguas. Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños: perezosos en huir y desarmados para esperar.

Y aun sobre todo esto naturaleza crio mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. Primeramente la discordia de los elementos tenemos nosotros en los cuatro humores que entre sí pelean: cólera con flema, y sangre con melancolía; de los cuales si alguno vence, como es fácil cosa, desconcierta toda la templanza humana y da la puerta a mil enfermedades. De manera que nuestros humores mismos, en que está la vida fundada, nuestros enemigos son que entre sí pelean por nuestra destrucción.

Agora, pues, ¿qué diré de tantas menudas canales como hay en nuestro cuerpo, por donde anda la sangre y los espíritus de vida que siendo alguna de ellas rota o estorbada se pierde la salud? ¿Qué diré de la flaqueza de los ojos y de sus peligros, estando en ellos el mayor deleite de la vida? ¿Qué diré de la blandura de los niervos, de la fragilidad de los huesos? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos porque tuviésemos más partes donde poder ser ofendidos?

Y aun en esta miserable condición que pudimos alcanzar vivimos por fuerza,

pues comemos por fuerza que a la tierra hacemos con sudor y hierro, porque nos lo dé; vestímonos por fuerza que a los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y sus pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los fríos y las tempestades con fuerza que hacemos a las plantas y a las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana, ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza: aves, peces y bestias de la tierra, frutas y yervas y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida, tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener.

Harto serían grandes causas y bastantes éstas que dichas tengo para conocer cuál es el hombre, sino que bien veo que está Antonio considerando cómo yo he mostrado las miserias del cuerpo, a las cuales él después querrá oponer los bienes que suelen decir del alma. Agora, pues, Antonio, porque ninguna parte del hombre te quede donde yo no te haya anticipado, quiero mostrar en el alma mayores males que para el cuerpo hay. Ya tú bien sabes cómo el alma nuestra su principal asiento tiene en el cerebro, blando y fácil de corromper; y cómo en unas celdillas de él, llenas de leve licor, hace sus obras principales con ayuda de los sentidos por donde se le traslucen las cosas de fuera; y sabes también cuán fácil cosa sea embotarle o desconcertarle éstos sus instrumentos, sin los cuales ninguna cosa puede.

Los sentidos de mil maneras perecen, y, siendo estos salvos, otras causas tenemos dentro que nos ciegan y nos privan de razón: si el estómago abunda de vapores, luego ellos redundan a las partes del cerebro y enturbian los lugares que ha menester el alma tener puros; si se inflaman las entrañas, con el ardor se engendra frenesía; y si el corazón es por de fuera tocado de sangre, suceden desfallecimiento y tinieblas obscuras do el alma se olvida de todas las cosas.

Pero ¿qué es menester probarlo con estas cosas que están más apartadas,

pues la misma ánima con sus obras más excelentes se destruye? Bien sabemos que en altas imaginaciones metidos muchos han perdido el seso, y que de esta manera no podemos meter nuestra alma en hondos pensamientos sin peligro de su perdición. Mas pongamos agora que todas estas cosas no le empezcan, y que persevere tan perfecta y tan entera como puede según naturaleza; y consideremos primero cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma que da lumbre a todas sus obras.

Éste, si bien miráis, aunque es alabado y suele por él ser ensayado el hombre, más nos fue dado para ver nuestras miserias que para ayudarnos contra ellas: éste nos pone delante los trabajos por donde hemos pasado; éste nos muestra los males presentes y nos amenaza con los venideros antes de ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer de aquesta lumbre, que tenerla para hallar nuestro dolor con ella; principalmente pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas.

Que aunque algunos piensan que vale más nuestro entendimiento para la vida que la ayuda natural que tienen los otros animales, no es así, pues nuestro entendimiento nasce con nosotros torpe y obscuro, y antes que convalezca son pasadas las mayores necesidades de la vida por la flaqueza de la niñez y los ímpetus de juventud, que son los que más han menester ser con la razón templados. Entonces ya puede algo el entendimiento cuando el hombre es viejo y vecino de la sepultura, que la vida lo ha menos menester; y aun entonces padece mil defectos en los engaños que le hacen los sentidos.

Y también porque él, de suyo, no es muy cierto en el razonar y en el entender, unas veces siente uno y otras veces el mismo siente lo contrario, siempre con duda y con temor de afirmarse en ninguna cosa; de donde nasce, como manifesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres, que entre sí son diversos. Por lo cual yo muchas veces me duelo de nuestra suerte, porque teniendo

nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento que, si por ventura puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, mientras la procura, se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir.

Mejor están los brutos animales proveídos de saber, pues saben desde que nascen lo que han menester sin error alguno: unos andan, otros vuelan, otros nadan guiados por su instinto natural. Las aves, sin ser enseñadas, edifican nidos, mudan lugares, proveen al tiempo; las bestias de tierra conocen sus pastos y medicinas; y los peces nadan a diversas partes; todos guiados por el instinto que les dio naturaleza. Sólo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con entendimiento tan errado y tan incierto como ya hemos mostrado.

Aunque yo no sé por qué me quejo en tan pequeños daños de nuestro entendimiento, pues siendo aquél a quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo de él cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fue el que hizo lanzas? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Éste es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros; éste halló los engaños; éste halló los venenos y todos los otros males por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre.

Otras cosas yo diría de aquesta parte del alma si no me pareciese que esto basta para su condenación. Y pues ella es la guía a quien las otras siguen, no sería menester de la voluntad decir nada, pues no puede ser más concertada, que es sabio su maestro; mas por mayor declaración de la intención que tengo, diré también las cosas que de ella siento.



Está la voluntad, como bien sabéis, entre dos contrarios enemigos que siempre pelean por ganarla: éstos son la razón y el apetito natural. La razón, de una parte, llama la voluntad a que siga la virtud y le muestra a tomar fuerza y rigor para acometer cosas difíciles; y, de otra parte, el apetito natural con deleite la ablanda y la distrae. Agora, pues, ved cuál es más fácil cosa: ¿apartarse ella de su natural a mantener perpetua guerra, en obediencia de cosa tan áspera como es la razón y sus mandamientos; o seguir lo que naturaleza nos aconseja yendo tras nuestras inclinaciones, las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar?

Principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razón muchas veces deja de defendernos.

A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites, mas no siempre está la razón con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella, porque no sólo este cuidado tiene el entendimiento, sino también los otros de la vida; por donde, repartiéndose según las vanas necesidades que se ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad y la deje en medio de los que la combaten, sin que nadie le enseñe cómo se ha de defender; donde es necesario que alguna vez, o por flaqueza o por error, sea presa de los vicios. Pues cuando viene a este estado ¿qué cosa puede ser más aborrecible que el hombre? Entonces la sensualidad, con gula y pereza y otros blandos tratamientos de la carne, ciega el entendimiento; y ella arde en sucios encendimientos de lujuria. Y si por ventura la templanza natural nos resfría,

Las tentaciones de San Antonio Abad. Óleo sobre tabla, Joachim Patinir y Quentin Massys. 1520-1524, Amberes. Museo del Prado.

como pocas veces acontece, otros vicios hay donde se va la voluntad cuando de la razón se aparta: éstos son soberbia, codicia, envidia, enemistad y otros que hay semejantes; de donde nacen las guerras, las muertes, las gravísimas perturbaciones en que traen los hombres al mundo.

Agora, pues, ¡vengan esos sabios, esos que suelen tanto ensalzar el ánimo del hombre; díganlos ahora do pudieron ellos hallar bien alguno entre tantos males! Todo es vanidad y trabajo lo que a los hombres pertenece, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos donde viven en comunidad. Allí veremos unos de ellos en sus artes que dicen mecánicas estar peleando con la dureza del hierro; otros figuran piedras; otros suben pesos; otros pulen la madera, otros la lana; y otros en otros ejercicios sudan y trabajan encorvados sobre sus obras, donde en pequeño espacio tienen ocupados los ojos y el pensamiento.

Y verás allí otros los días y las noches del reposo ocupados en las disciplinas, con cuidado perpetuo, en las cuales pierde tanto la memoria como gana el entendimiento. Así los veréis, a los que siguen disciplinas, acabado el trabajo tomar de nuevo a él; los cuales me parece que así hacen como de Sísifo dijeron los poetas: que cuantas veces sube una piedra a la cumbre de un monte infernal, tantas veces se le cae y toma al trabajo. Pues si ésta les pareció bastante pena para ser uno atormentado en el infierno, esos que son en la República más estimados por las disciplinas ¿qué descanso pensáis que tienen, peleando continuamente con el peso de ellas, que tantas veces se les cae de la memoria cuantas lo levantan con el entendimiento?

Todos trabajan y sudan los que viven en los pueblos; y los labradores de los campos que andan fuera de ellos no carecen de penas: descubiertos por los soles y las aguas, andando por las soledades a procurar el mantenimiento de los otros que viven en sus casas, como esclavos de ellos, sin esperar fin o reposo alguno, mas antes toman de

nuevo al trabajo por el orden mismo que tornan los años.

Pues los que gobiernan, mirad cómo no tienen ellos tampoco descanso, buscando la verdad entre las contiendas de los hombres y sus porfías, donde el hallarla es cosa de gran cuidado y gran dificultad. Cuanto más que, pues el hombre que con mayor cuidado mira por sí, a gran pena puede dar en sus cosas concierto, las cuales conoce y es de ellas señor, ¿cómo podrá el que gobierna concertar las vidas de tantos hombres, no sabiendo de sus intenciones nada, que ellos tienen encubiertas en sus pechos? Y si miráis la gente de guerra que guarda la república, los veréis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar y temores de ser muertos, andando en continua mudanza donde los llama la fortuna, con iguales trabajos en la noche y en el día.

Así que todos estos y los demás estados de los hombres no son sino diversos modos de penar, do ningún descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos, porque la fortuna todos los confunde y los revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas; en las cuales cosas, mostrando cuán fácil es y cuán incierta, a todos mete en deseos de valer tan desordenados que no ay lugar tan alto do los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna, cada uno aborrece su estado con codicia de los otros, do, si llega, no halla aquel reposo que pensaba, porque todos los bienes de fortuna al desear parecen hermosos, y al gozar llenos de pena.

Así andan los hombres, atónitos, errados buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo. Y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida, y los lleva a la muerte con pasos acelerados, sin sentirlo. La cual nos espera encubierta, no sabemos a cuál parte de la vida, más bien vemos que jamás estamos tan seguros de ella que no podamos tenerla muy cierta. A veces se nos esconde do menos sospecha ay; y otras veces la hallamos do vamos huyendo de ella; unas veces lleva al hombre en la primera edad, y entonces es

piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos; otras veces, que es cruel, lo saca de entre los deleites de la edad entera, cuando ya ha cobrado a la vida grande amor. Mas pongamos que la muerte deje al hombre hacer el curso natural: la más luenga vida ¿no vemos cuán breve pasa?

La niñez en breves días se nos va, sin sentido; la mocedad se pasa mientras nos instruimos y componemos para vivir en el mundo; pues la juventud pocos días dura, y éstos en pelea que con la sensualidad entonces tenemos, o en damos por vencidos de ella, que es peor. Luego viene la vejez, do en el hombre comienzan a hacerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfría; las fuerzas lo desamparan; los dientes se le caen, como poco necesarios; la carne se le enjuga y las otras cosas se van parando tales cuales han de estar en la sepultura. Hasta que el fin llega volando, con calas, a quitarle de sus dulces miserias, y aún allí en la despedida lo afligen nuevos males y tormentos.

Allí le vienen dolores crueles, allí turbaciones; allí le vienen suspiros con que mira la lumbre del cielo que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamiento que de ellas ha de tener. Hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables en que el alma los deja retraída a despedirse del seso y el corazón y las otras partes principales do, en secreto, solía ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo y, a veces, poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y temor del infierno; hasta que la muerte con su cruel mano la desase de la entrañas. Así fenece el miserable hombre, conforme a la vida que antes pasó.

Aquí pudiera, Dinarco, poner fin a ésta mi habla pues he traído el hombre hasta el punto donde desvanece, si no viera que me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Ésta

toman muchos por remedio de muerte, porque dicen que da eternidad a las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes que es, según dicen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido. ¿Qué aprovecha a los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido? ¿Dónde el pecho para recibir la gloria? ¿Dó los ojos? ¿Dó el oír con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los cubren: allí yacen en tinieblas, libres de bien y mal, do nada se les da que ande el nombre volando con los aires de la fama. La cual es tan incierta, que al fin mezcla la verdad con fábulas vanas, y quita de ser conocidos los difuntos por los nombres que tenían. Las memorias de los grandes hombres troyanos y griegos, con la antigüedad están así corrompidas, que ya por sus nombres no conocemos los que fueron, sino otros hombres fingidos que han hecho en su lugar, con fábulas, los poetas y los historiadores, con gana de hacer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el cielo incorruptible, ni con letras inmutables; sino escriben en papel, con letras que, aunque en él fueran durables, con mudanza de los tiempos al fin se desconocen. Las letras de egipcios y caldeos, y otros muchos que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿Quién conoce agora los reyes, los grandes hombres que a ellas encomendaron su fama?

Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios que otros toman por socorro para perpetuar la fama, también los abate y los iguala con el suelo. No ay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure más el tiempo, consumidor de las cosas humanas.

¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo? Los fuertes muros de Troya; el templo noble de Diana; el sepulcro de Mauseolo; tantos grandes edificios de ro-

manos de que apenas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo, hasta que toman los hombres a estar en tanto olvido como antes que naciesen, y la misma vanidad se sigue después que primero había.

Hasta aquí, Dinarco, me ha parecido decir del hombre; agora yo lo dejo a él y su fama enterrados en olvido perdurable. Yo no sé con qué razones tú, Antonio, podrás resucitarlo. Dale vida, si pudieras, y consuelo contra tantos males como has oído, que si tú así lo hicieras, yo seré vencido de buena gana, pues tu victoria será gloria para mí, que me veré constituido en más excelente estado que pensaba.

ANTONIO. —Considerando señores, la composición del hombre, de quien hoy he de decir, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerza de los elementos, ni en todo el orden que tiene el universo; mas veo también como en espejo claro el mismo ser de Dios y los altos secretos de su Trinidad.

Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, pues que puestos en tal contemplación dijo Trimegisto que gran milagro era el hombre, do cosas grandes se veían; y Aristóteles creyó que era el hombre el fin a quien todas las cosas acatan, y que el cielo tan excelente y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reducidas a que el hombre tuviese vida, sin el cual todas parecían inútiles y vanas. Sólo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecía desierta de bien y afligida de muchos males, alegando tales razones que me parece que tú, Aurelio, lo has bien en ellas imitado; por lo cual le parecía que este mundo universal se regía por fortuna, sin providencia que dentro de él anduviese a disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el

deleite a la virtud. Yo no quisiera que aprobara al hombre quien a la virtud condena basta que lo aprueben aquéllos que con alto juicio saben que al artífice hace grave injuria quien reprueba su obra más excelente.

Dios fue el artífice del hombre y por eso, si en la fábrica de nuestro ser hubiese alguna falta, en Él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo a su imagen para representarlo a él. Si en la figura pintada do algún hombre se nos muestra hubiese alguna fealdad, ésta atribuiríamos a cuya es la imagen, si creemos que fue hecha con verdadera semejanza; pues así las faltas de naturaleza humana, si algunas hubiese, pensaríamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa ay que tan bien represente a otra como a Dios representa el hombre.

En el ánima lo representa más verdaderamente; la cual es incorruptible y simplicísima, sin composición alguna, toda en un ser como es Dios, y en este ser tres poderíos tiene con que representa la divina Trinidad. El Padre, soberano principio universal de donde todo procede, en contemplación de su divinidad engendra al Hijo, que es su perfecta imagen; la cual Él amando, y siendo de ella amado, procede el Espíritu Santo como vínculo de amor. Así con gran semejanza el ánima nuestra, contemplando, engendra su verdadera imagen, y conociéndose por ella, produce amor. De esta manera, con su memoria, con que hace la imagen; y con el entendimiento, que es el que usa de ella; y con la voluntad, adonde mana el amor, representa a Dios: no sólo en esencia, sino también en Trinidad.

Por lo cual en la creación del mundo, habiendo hecho la Sagrada Escritura mención de Dios con nombre de Uno, cuando hubo de criarse el hombre refiere que dijo Dios: hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza; así que se declaró ser muchas personas en aquel paso do hacía la imagen de ellas. Y no sin causa dobló la palabra cuando dijo imagen y semejanza, porque la

imagen es de la esencia, y la semejanza es del poder y del oficio: que así como Dios tiene en su poderío la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánima del hombre tiene el cuerpo sujeto, y según su voluntad lo mueve y lo gobierna; el cual es otra imagen verdadera de aqueste mundo a Dios sujeto. Porque, como son estos elementos de que está compuesta la parte baja del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como veis el cielo ser en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el cerebro y de allí a los sentidos derivado, por do se recibe lumbre y vista de las cosas de fuera. Por donde es manifiesto ser el hombre cosa universal que de todas participa: tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo cumplido de la perfección de todas las cosas. Como Dios, en sí tiene perfección universal; por donde otra vez somos tornados a mostrar cómo es su verdadera imagen. Y pues es así que los príncipes, cuando mandan esculpirse, hacen que se busque alguna piedra excelente, o se purifique el oro para hacer la figura según su dignidad, creíble cosa es que, cuando Dios quiso hacer la imagen de su representación, que tomaría algún excelente metal, pues en su mano tenía hacerla de cual quisiese. Mas la causa por que la puso en la tierra, siendo tan excelente, oiréis agora.

Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, después de hecho el edificio, mandaban poner su imagen esculpida en medio de la ciudad, para que por ella se conociese el fundador; así Dios, después de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio de él, porque en tal imagen se pudiese conocer quién lo había fabricado. Mas no quiso que fuese aquí como morador, sino como peregrino desterrado de su tierra, y, como dice San Pablo, caminando para Dios nuestra tierra es en el cielo; mas

púsonos Dios acá, en el profundo, para que se vea primero si somos merecedores de ella.

Porque como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere: es como planta o piedra puesto en ocio; y si se da al deleite corporal es animal bruto; y si quisiere es ángel hecho para contemplar la cara del padre; y en su mano tiene hacerse tan excelente que sea contado entre aquellos a quien dijo Dios: dioses sois vosotros. De manera que puso Dios al hombre acá, en la tierra, para que primero muestre lo que quiere ser, y si le placen las cosas viles y terrenas, con ellas se queda perdido para siempre y desamparado; mas si la razón lo ensalza a las cosas divinas, o al deseo de ellas y cuidado de gozarlas, para él están guardados aquellos lugares del cielo que a ti, Aurelio, te parecen tan ilustres. Y Dios no nos los defiende; mas antes viendo él que los tuvimos perdidos, envió a su unigénito hijo a juntarse con nosotros en nuestra misma carne, para que con su sangre nos abriese las puertas del cielo, cerradas primero a nuestros viles pecados, y nos mostrase los caminos de ir a ellas.

Los ángeles que Dios tuvo cabe sí, cuando de ellos fue ofendido, los apartó y los echó en tinieblas sin remedio para siempre; y al hombre quiso tanto que, habiéndose perdido con soberbio deseo de sabiduría, vino a él como a hijo más querido y no solamente le perdonó, mas limpióle los ojos de su ceguedad y mostró cuán excelente ser y cuán bastante le avía dado, pues él no se desdeñaba de juntar la naturaleza humana con su misma deidad, para que conociese el hombre cuán mal avía hecho en menospreciar su estado. Y con todo esto, para darle claro testimonio del amor que le tenía, sufrió por él injurias, sufrió trabajo, sufrió persecución, y a la fin sufrió enclavar sus miembros en el leño de la Cruz; y vertió la sangre de su corazón con que nos tornó a heredar de su santo reino, de do por nuestros pecados nos avía desheredado.

Agora, pues, ¿quién será osado de aborrecer al hombre, pues lo quiere Dios por hijo y lo tiene tan mirado? ¿Quién osará decir mal de la hermosura humana? ¿De quién anda Dios tan enamorado que por ningunos desvíos ni desdenes ha dejado de seguirla? Guardaos, los que esto decís, de ofender más a Dios en culparle la obra que él ha juzgado digna de ser guardada con tanta perseverancia y tanto sufrimiento, que las cosas por do vuestra culpa os engaña a menospreciar el hombre agora veréis que son con más amor hechas que agradecimiento.

El cuerpo humano, que te parecía, Aurelio, cosa vil y menospreciada, está hecho con tal arte y tal medida, que bien parece que alguna grande cosa hizo Dios cuando lo compuso. La cara es igual a la palma de la mano; la palma es la novena parte de toda la estatura, el pie es la sexta y el codo la cuarta; y el ombligo es el centro de un círculo que pasa por los extremos de las manos y los pies estando el hombre tendido abiertas piernas y brazos. Así que tal compostura y proporción, cual no se halla en los otros animales, nos muestra ser el cuerpo humano compuesto por razón más alta. El cual puso Dios enhiesto, sobre pies y piernas de hechura hermosa y conveniente, porque pudiese contemplar el hombre la morada del cielo para donde fue criado. A los otros animales puso bajos e inclinados a la tierra para buscar sus pastos y cumplir con un solo cuidado que del vientre tienen. Y aunque a estos los cubrió todos de pieles y de lanas, al hombre no cubrió sino sola la cabeza, mostrando que sola la razón que en ella mora hubo menester amparo y, ella proveída, daría a las otras partes bastante provisión.

Agora miremos la excelencia de su cara. La frente soberana, do el ánima representa sus mudanzas y aficiones, ¿cuán hermosa, cuán patente? Debajo de ella están puestos los ojos, como ventanas muy altas del alcázar de nuestra alma, por do ella mira las cosas de fuera; no llanos ni hundidos, más redondos y levantados, porque estuviesen

tomados a diversas partes y pudiesen juntamente de todas ellas recibir las imágenes que vienen. Los oídos están en ambos lados de la cabeza, para coger los sonidos que de todas partes vienen. La nariz está puesta en medio de la cara, como cosa muy necesaria para su hermosura, por do el hombre respira, para evitar la fealdad de traer la boca abierta; y por ella recibimos el olor, y ella es la que tiembla el órgano de la voz. Debajo de la cual sucede la boca, que entre labios colorados muestra dentro sus blancos dientes, que son colores mezclados cuales pertenecen a mucha hermosura; y ella es la puerta por do entra nuestra vida, que es el mantenimiento de que nos sustentamos, y la puerta por do salen los mensajes de nuestra alma, publicados con nuestra lengua, que mora dentro en la boca como en casa bien proveída de lo que ha menester. Allí tiene por dónde la voz le venga del pecho y, después de recibida, tiene dientes, tiene labios y los otros instrumentos con que la puede formar. ¿Quién podría agora explicar bien claramente las excelentes obras que la lengua hace en nuestra boca? Unas veces rigiendo la voz por números de música, con tanta suavidad, que no sé cuál puede ser otro mayor deleite de los lícitos humanos; otras veces mostrando las razones de las cosas, con tanta fuerza, que despierta la ignorancia, enmienda la maldad, amansa las iras, concierta los enemigos y da paz a las cosas conmovidas en furor.

Grandes son los milagros de la lengua, la cual, sola, es bien bastante para honrar todo el cuerpo; mas hablemos agora de las otras partes, porque a todas demos la dignidad que les pertenece. La barba y las mejillas son no solamente para firmeza y capacidad de lo que contienen, sino también para singular hermosura que con ellas tiene la cara del hombre. El cuello, ya lo vemos cómo es flexible para traer en torno la cabeza a considerar todas las partes que cerca de sí tiene. El pecho está debajo, más tendido que en los otros animales, como capaz de mayores cosas; en el cual no solamente obró Dios

proveyendo a la necesidad natural, sino también a la hermosura, pues puso en el varón, de ambas partes, pequeñas tetas no para más de adornar el pecho.

De sus lados más altos salen los brazos, en cuyos extremos están las manos, las cuales, solas, son miembros de mayor valor que cuantos dio naturaleza a los otros animales. Son estas en el hombre siervas muy obedientes del arte y de la razón, que hacen cualquiera obra que el entendimiento les muestra en imagen fabricada. Éstas, aunque son tiernas, ablandan el hierro y hacen de él mejores armas para defenderse que uñas ni cuernos; hacen de él instrumentos para compeler la tierra a que nos dé bastante mantenimiento, y otros, para abrir las cosas duras y hacerlas todas a nuestro uso. Éstas son las que aparejan al hombre vestido, no áspero ni feo cual es el de los otros animales, sino cual él quiere escoger. Éstas hacen moradas bien defendidas de las injurias de los tiempos; éstas hacen los navíos para pasar las aguas; éstas abren los caminos por donde son ásperos, y hacen al hombre llano todo el mundo. Éstas doman los brutos valientes; éstas traen los toros robustos a servir al hombre, abajados sus cuellos debajo del yugo; éstas hacen a los caballos furiosos sufrir ellos los trabajos de nosotros; éstas cargan los elefantes; éstas matan los leones; éstas enlazan los animales astutos; éstas sacan los peces del profundo de la mar, y éstas alcanzan las aves que sobre las nubes vuelan. Éstas tienen tanto poderío, que no hay en el mundo cosa tan poderosa que de ellas se defienda. Las cuales no tienen menos bueno el parecer que los hechos.

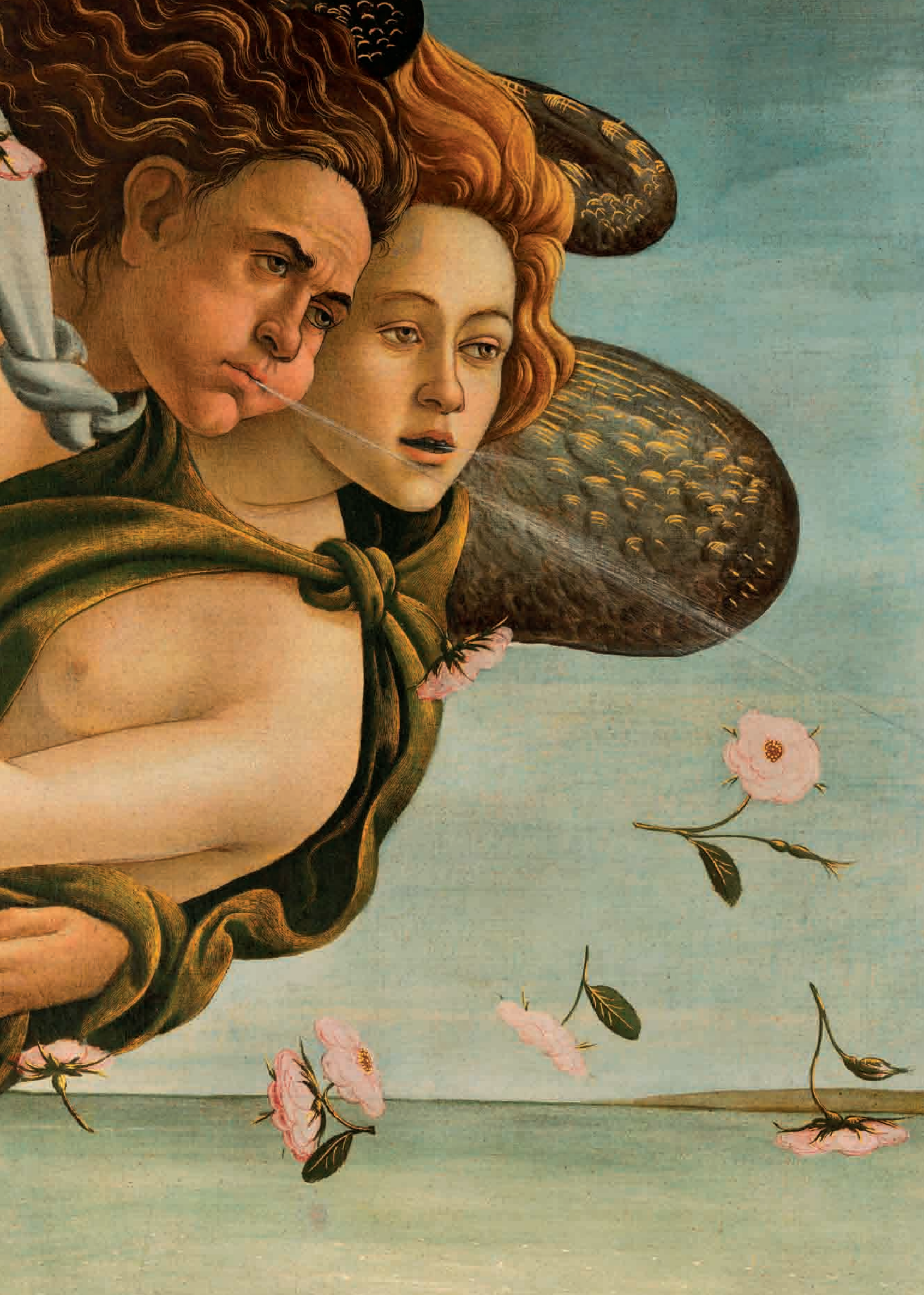
Ahora, pues, si bien contempláis, veréis al hombre compuesto de nobles miembros y excelentes, do nadie puede juzgar cuál cuidado tuvo más su artífice: de hacerlos convenientes para el uso, o para la hermosura. Por lo cual, los pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo; y también naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y ganosa de mostrar su obra tan excelente

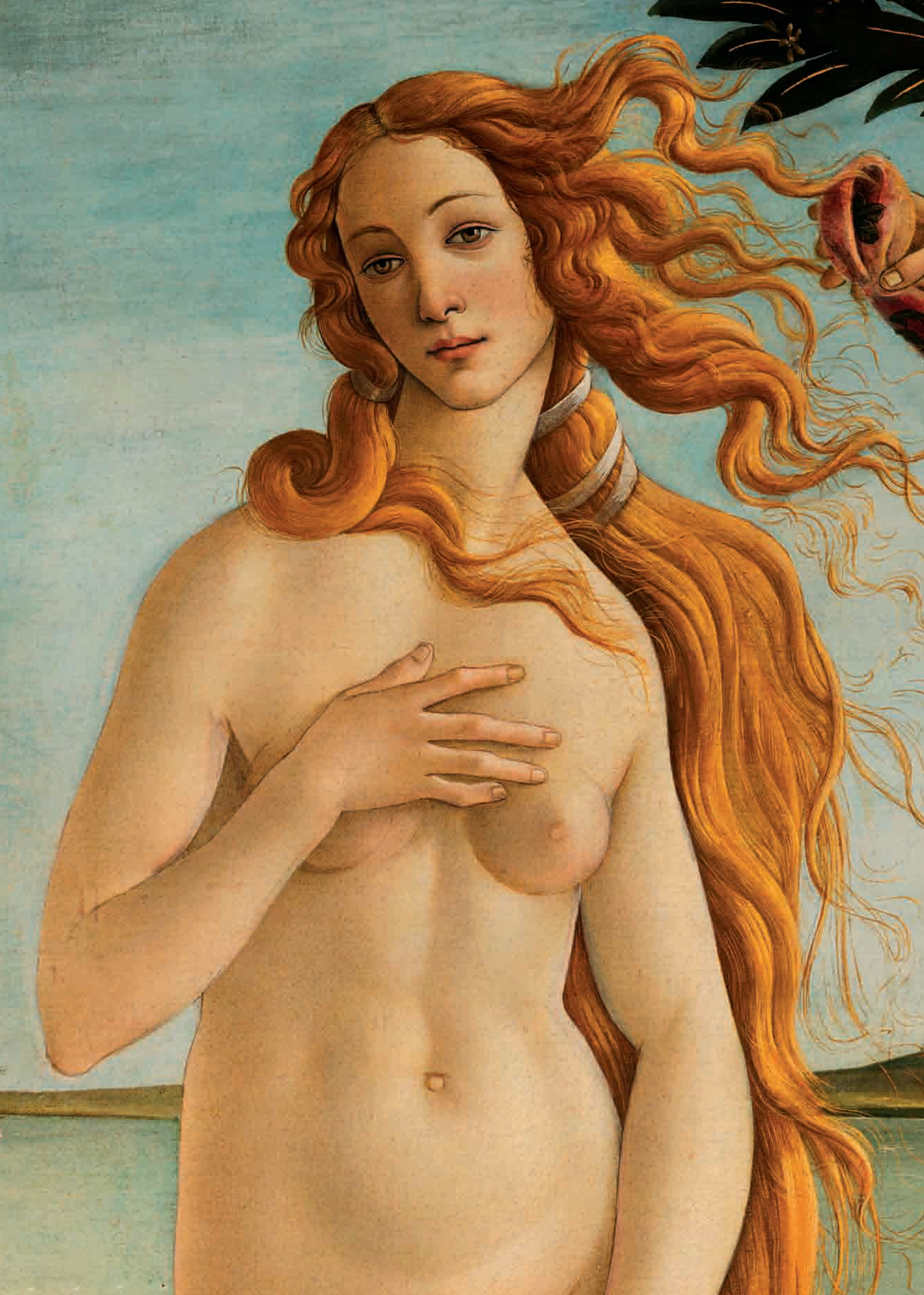
sin ninguna cobertura. Que si el hombre sale llorando, no es porque sea aborrecido de naturaleza o porque este mundo no le sirva, sino es, como bien dijiste tú, Aurelio, porque no se halla en su verdadera tierra. ¿Quién es natural del cielo?, ¿en qué otro lugar se puede hallar bien, aunque sea bien tratado según su manera? El hombre es del cielo natural, por eso no te maravilles si lo ves llorar estando fuera de él.

Ni pienses tampoco que es menos bien obrado dentro de su cuerpo que has visto por de fuera; antes sus partes interiores son de mayor artificio, de las cuales yo no hablo agora, con miedo que la Filosofía no me desvíe muy lejos de mi fin. Pero diré a lo menos a lo que tú me provocas que en la pelea de contrarias calidades, y en la multitud de venas y fragilidad de huesos, o no hay tanto peligro como tú representaste o, si es así, en ello se muestra qué cuidado tiene de nosotros Dios, pues entre peligros tan ciertos nos conserva tantos días. Y lo que tú dices que hacemos a todas las cosas fuerza para vivir nosotros, vanas querellas son, pues todas las cosas mundanas vienen a nuestro servicio no por fuerza, sino por obediencia que nos deben. ¿No has oído en los cantares de David, donde por el hombre dice, hablando con Dios: Ensalzástelo sobre las obras de tus manos, todas las cosas pusiste debajo de sus pies: ovejas y vacas y los otros ganados, las aves del cielo y los peces de la mar? Esto dice David, y pues Dios es señor universal, él nos pudo dar sus criaturas, y, dadas, nosotros usar de ellas según requiere nuestra necesidad. Las cuales no reciben injuria cuando mueren para mantener la vida del hombre, mas vienen a su fin para que fueron criadas.

De las cosas que ya dichas tengo puedes conocer, Aurelio, que no es el hombre desamparado de quien el mundo gobierna, como tú dijiste; mas antes bastecido más que otro animal alguno, pues le fueron dados entendimiento y manos para esto bastantes, y todas las cosas en abundancia de que se mantuviese. Agora quiero satisfacerte a lo

Siguiente página:
El nacimiento de
Venus (detalle) de
Sandro Botticelli
(1445-1510).
Galería de los
Uffizi, Florencia.





que tú querías decir: que estas cosas mejor fuera que sin trabajo las alcanzara, que no buscadas con tanto afán, y guardadas con tanto cuidado.

Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan a los hombres a vivir en comunidad, de donde cuánto bien nos venga, y cuánto deleite, tú lo ves, pues que de aquí nascen las amistades de los hombres y suaves conversaciones; de aquí viene que unos a otros se enseñen, y los cuidados de cada uno aprovechen para todos. Y si nuestra natural necesidad no nos ayuntara en los pueblos, tú vieras cuáles anduvieran los hombres: solitarios, sin cuidado, sin doctrina, sin ejercicios de virtud, y poco diferentes de los brutos animales; y la parte divina, que es el entendimiento, fuera como perdida, no teniendo en qué ocuparse. Así que lo que nos parece falta de naturaleza, no es sino guía que nos lleva a hallar nuestra perfección.

Cuanto más que, aunque estos bienes alcanzáramos sin nuestras necesidades naturales, los hombres son tan diversos en voluntades, que no era cosa conveniente que Dios les diese más de instrumentos para que cada uno se proveyese de las cosas según su apetito. Así que esta incertidumbre en que Dios puso al hombre responde a la libertad del alma: unos quieren vestir lana, otros lienzo, otros pieles; unos aman el pescado, otros la carne, otros las frutas.

Quiso Dios cumplir la voluntad de todos haciéndolos en estado en que pudiesen escoger, y pues es así, no debemos tener por aspereza lo que Dios nos concedió como a hijos regalados. Dime agora tú, Aurelio, si Dios te hiciera con cuernos de toro, con dientes de jabalí, con uñas de león, con pellejo lanudo, ¿no te parece que con estas provisiones que alabas en los otros animales te hallaras tan desproveyido, según tu voluntad, que con ellas otra cosa no desearas más que la muerte? Pues si así es, no te quejes de la naturaleza humana, que todas las cosas imita y sobrepuja en perfección.

Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fue prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho a los buenos como de los malos les viniera daño. No tenemos qué hacer en los aires; basta que la tierra do vivimos la podamos andar toda, y pasar los mares, que atajan los caminos.

Gran cosa es el hombre, y admirable. El cual quiso Dios que con muchas tardanzas convaleciese después de nascido, dándonos a entender la grande obra que en él hacía. Bien vemos que los grandes edificios en unos siglos comienzan, y en otros se acaban; pues así Dios da perfección al hombre en tan largos días, aunque en un momento pudiera hacerlo, porque por semejanza de las cosas que nuestras manos hacen conozcamos ésta su obra. La cual para bien ver, tiempo es ya que entremos dentro a mirar el alma que mora en este templo corporal. La cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria, y la señaló como lugar propio —según que nos mostró en la oración que hacemos al Padre—, y de allí envía los ángeles y gobierna el mundo, así el ánima nuestra, que en todo lo imita, aunque está en todo el cuerpo, y todo lo rige y mantiene, en la cabeza tiene su asiento principal donde hace sus más excelentes obras. Desde allí ve y entiende, y allí manda; desde allí en envía al cuerpo licores sutiles que le den sentido y movimiento; y allí tienen los niervos su principio, que son como las riendas con que el alma guía los miembros del cuerpo. Bien conozco que, así el cerebro como las otras partes do principalmente el alma está, son corruptibles y reciben ofensas —como tú, Aurelio, nos mostrabas—; pero esto no es por mal del alma, antes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupción es disoluble de estos miembros para bolar al cielo do es —como ya he dicho— el lugar suyo natural. Por eso hablemos agora del entendimiento, que tú tanto condenas.

El cual para mí es cosa admirable cuando considero que aunque estamos aquí, como tú dijiste, en la hez del mundo, andamos con él por todas las partes: rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa ay tan encubierta, ninguna ay tan apartada, ninguna ay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano para ir a todos los secretos del mundo; hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo a la gran ligereza de nuestro entendimiento, ni es menester andar con los pies lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, y en todas miramos, y no ay cosa más extendida que es el hombre que, aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece. Éste es el que lo iguala a las cosas mayores; éste es el que rige las manos en sus obras excelentes; éste halló la habla con que se entienden los hombres; éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes y de escuchar agora a los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias y, lo que es más admirable, nos extienden la vida a largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales vivir no es sino sentirlos.

Pues, ¿qué mal puede haber, decídmelo agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia, como dijo Aurelio, esto es en las cosas que no son necesarias en que, por ambición, se ocupan algunos hombres, que en las cosas que son menester lumbre tiene natural con que acertar en ellas; y en las divinas secretas Dios fue su maestro. Así que Dios hizo al hombre recto, mas él, como dice Salomón, se mezcló en vanas cuestiones.

Para ver las cosas de nuestra vida no nos falta lumbre, y en éstas, si queremos, acertamos; y las mayores tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad.

Así está escrito que en el ánima malvada no entrará sabiduría. No es luego falta de entendimiento caer en errores, sino de nuestros vicios, que lo ciegan y lo ensucian. Los cuales si evitamos, y seguimos la virtud, tenemos la vista clara y nunca erramos, como quien anda por camino manifiesto; mas si andamos en maldades, ay por ellas tantas sendas, y tan escondidas, que ni pueden conocerse, ni era cosa justa que diese Dios lumbre para andar en ellas. Aquí son los desvanecimientos del hombre; aquí los errores, entre los cuales yo no cuento las armas como tú, Aurelio, que pues avía de haber malos, buenas fueron para defendemos de ellos. No ay cosa tan buena que el uso no pueda hacerla mala: ¿qué cosa hay mejor que la salud? Pero ésta, como ves, muchas veces es el fundamento de seguir los vicios. Quien de aquesta usa según virtud lo amonesta, buena joya tiene; así pues, las armas con mal uso se hacen malas, que ellas en sí buenas son para defenderse de las bestias impetuosas y los hombres que les parecen. Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento, no parezcas a Dios desagradecido de tan alto don, y agora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad.

Ésta es el templo donde a Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merecer su gloria; para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue. La cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él, como buen capitán, la deja bien amonestada de lo que debe hacer cuando de ella se aparta a proveer las otras cosas de la vida; y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que vive la voluntad, fue dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios. De la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, pues a los fuertes es deleite defenderse de los males; porque no son tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuanto más que, pues los antiguos romanos solían pelear

en regiones extrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un día de triunfo con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no peharemos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable?

Principalmente pues tenemos los santos ángeles en la pelea por ayudadores nuestros, como San Pablo dice, que son enviados para encaminar a la gloria los que para ella fueron escogidos.

Y no te espantes, Aurelio, si el hombre corrompido de vicios es cosa tan mala como representaste, porque es como la vihuela templada, que hace dulce armonía, y, cuando se destiempla, ofende los oídos. Si el hombre se tiempla con las leyes de virtud, no hay cosa más amable; mas si se destiempla con los vicios, es aborrecible, y tanto más cuanto las faltas más feas parecen en lo más hermoso. Y esto basta, me parece, para que tú, Aurelio, sientas bien de las dos partes del alma. Agora veamos los estados de los hombres y sus ejercicios, de que tanto te quejas.

Los artífices que viven en las ciudades no tienen la pena que tú representabas, mas antes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido. No es igual el trabajo de pintar una linda imagen, o cortar un lindo vaso, o hacer algún edificio, al placer que tiene el artífice después de verlo hecho. ¿Cuánto más te parece, Aurelio, que sería mayor pena que alguno en su entendimiento considerase alguna excelente obra, como fue el navío para pasar los mares, o las armas para guardar la vida, si en sí no tuviese manera de ablandar el hierro, hender los maderos, y hacer las otras cosas que tú representas como enojos de la vida? Paréceme a mí que en mayor tormento viviera el hombre, si las cosas usuales que viera con los ojos del entendimiento no pudiera alcanzarlas con las manos corporales. Por eso no condenes tales ejercicios como son éstos del hombre, antes considera que, como Dios es conocido y alabado por

las obras que hizo, así nuestros artificios son gloria del hombre que manifiestan su valor.

Agora el orden por donde tú, Aurelio, me guiaste, requiere que diga del estado de los hombres letrados; donde primero escucha lo que dijo Salomón en sus *Proverbios*: Bienaventurado es el que halló sabiduría y abunda de prudencia; mejor es su ganancia que la de oro y plata, y todas las cosas excede que se pueden desear. ¡Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete a lo secreto de las cosas, y nos lleva a ver a Dios, y nos da habla con Él y conversación, y nos muestra las sendas de la vida! Ésta nos da en el ánimo templanza; ésta alumbrá el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra a cada uno el oficio de su estado; ésta es reina y señora de todas las virtudes; ésta enseña la justicia y tiempla la fortaleza; por ella reinan los reyes y los príncipes gobiernan; y ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase.

Por eso no compares los sabios a Sísifo infernal, aunque los veas muchas veces tomar a aprender de nuevo lo que tienen sabido, mas antes los compara a los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡O alta sabiduría, fuente divina de do mana clara la verdad; do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tomemos a ti muchas veces con sed? ¡Más me maravillaría yo si quien te hubiese gustado nunca a ti tomase, aunque tuviese en el camino todos los peligros de su vida! Cuanto más que ni los hay, ni trabajos algunos de los que tú decías, sino fácil entrada y suave perseverancia. El camino de ir a ella es el deseo de alcanzarla, y presto se deja ver de quien con amor la busca; pero hágote saber que el amor de ésta es el temor de Dios, que limpia los ojos de nuestro entendimiento y esclarece la lumbre que para conocer el bien y el mal Dios nos dio. Y ésta es la lumbre

por quien dijo Salomón: Quien con la lumbre velare para haber sabiduría no trabaje, que a su puerta la hallará sentada, queriendo decir que muy cerca está la sabiduría de quien la mira con ojos claros del entendimiento, limpios, con amor y deseo de servir a Dios. Los que la buscan en medio las tinieblas de sus pecados, no es maravilla que la vean como sombra, y que no puedan asirla, y en vano trabajen para tenerla. Aunque bien confieso que es algo lábil nuestra ciencia, de cualquier manera que la hayamos alcanzado, y no tanto como tú dijiste, Aurelio, pero esto es porque deseamos el asiento en ella, y el perfecto entendimiento cual es el de la gloria que Dios nos tiene aparejada. No era cosa conveniente que aquí, do somos peregrinos, tuviésemos tales cumplimientos como en nuestro natural, sino solamente tales muestras de lo que ay allá, que nos encendamos en deseo de no errar el camino por donde hemos de ir.

Con esto me parece, Aurelio, que los sabios están en salvo, fuera del peligro de ser por tus razones su estado condenado. Los que labran los campos, que pusiste tras estos, no son tales como nos mostrabas. Tú decías que son esclavos de los que moramos en las ciudades, y a mí no me parecen sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente a nosotros, sino también a las bestias que nos sirven, y a las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fruto que dé el sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen: que el frío y el calor que a nosotros nos espantan, por la mucha blandura en que somos criados, a ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus ejercicios no sienten el frío, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, o tañen sus flautas, o dicen sus cantares,

suelos de cuidados y de ganas de valer más atormentadores de la vida humana que frío ni calor; allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar, dichosos con su estado, pues no ay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así viven en sus soledades, sin hacer ofensa a nadie y sin recibirla, donde alcanzan no más entendimiento de las cosas que es menester para gozarlas.

Dejémoslos, pues, agora en su reposo, y veamos el estado de los que gobiernan si es tal como tú, Aurelio, dijiste.

Éstos tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos, y dan libertad a los pobres y ponen freno a los poderosos; procuran la paz y, habida, la guardan; dan a todos sosiego y segura posesión de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto, y a todas da vida con regimiento; el cual, si faltase, toda la república se disiparía como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen, y gran dignidad; no obscuro o impedido como tú decías, Aurelio: que no pienses que por la dificultad que el hombre tiene en regirse a sí mismo, se ha de considerar la que tendrá en regir a muchos. Porque en las cosas propias es difícil juzgar, do se entremeten nuestras pasiones, mas en las ajenas somos libres, y podemos más claro ver lo que muestra la razón, sin que nuestros apetitos nos lo estorben; en las cuales no se puede tanto esconder la verdad que por alguna parte no resplandezca.

Tan difícil es esconder la verdad como la lumbre, a la cual, si unos rayos le quitaes, otros la descubrirán; y la falsedad es difícil de sostener. La una trae osadía a juicio, y la otra viene con temor; la una se mantiene de sí misma, la otra para sostenerse

ha menester gran industria; y, al fin, a la una favorece Dios, y a la otra desfavorece. Dificil cosa es que la verdad, con tanto amparo, sea vencida, y que venza la falsedad si no es por descuido o por malicia del juez; o si por divina permisión alguna vez la verdad no se conoce, y queda desfavorecida, el que de ella es juez no queda culpado si con amor la buscó. Si algún amigo tuyo, Aurelio, favoreciese otra persona pensando que tú eras, o la socorriese en alguna necesidad, tan en cargo le serías como si tú verdaderamente fueras: así, el juez que a la falsedad acata cuando le parece ser ella la verdad, sin tener culpa en el tal error, no menos merece que si conociendo la verdad la siguiera.

Así verás, Aurelio, cuál es el estado de los que gobiernan; agora considera cómo no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que has oído puede haber en la república, éstos lo guardan. Ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren venir a perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos; y han por mejor padecer aquestas cosas, que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo a la virtud, que sudar aprisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos; y si mueren, siendo vencidos no han menester la vida, pues en ella no temían libertad.

Cuanto más que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes: sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros o combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra, no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud en los cuales se deleitan y gozan del excelente don que en su pecho tienen; las heridas no las sienten, con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras. Entonces se juzgan ser bienaventurados cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No

tienen en nada ver sus cuerpos llagados, o dispuestos a morir, si el ánima tiene vida sin lesión ninguna. Pero aunque es así, yo bien confieso, Aurelio, que algunos ay que carecen de estas excelencias; mas es por sus vicios, no por culpa del estado, que así éste, como los otros de la vida humana de que hemos hablado, todos son tales como es la intención de quien los sigue: no ay ninguno de ellos malo para los buenos, ni bueno para los malos.

El hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostrare la razón, vive contento y tiene deleite; mas el que por fuerza siguiendo uno muestra que tiene los ojos y el deseo en los otros más altos, sin templanza y sin concierto, éste vive disipado y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea. Así que nosotros tenemos libre poderío de nos hacer exentos de los escarnios de fortuna, en los cuales, quien cayere, con mucha razón será atormentado, pues él mismo se le dio; por lo cual, antes me parece que la fortuna es buena para amonestar los hombres a que cada uno se contente de su estado, que no para dar descontentamiento con deseo del ajeno. Ella se declara por muchos ejemplos, y no tiene la culpa de los males que tras ella se padecen, sino tiénela quien por descuido o ceguedad no los considera; y tanto más es culpado quien la sigue, cuanto más clara se conoce la vecindad que tenemos con la muerte, donde hemos de dejar el bien de este mundo, pero no con tanto tormento como tú, Aurelio, representabas.

No es tan cruel nuestra muerte, ni el alma deja el cuerpo en aquellas agonías que dijiste pues, como sabes, en tal pelea lo primero que el hombre pierde es el sentido, sin el cual no ay dolor ni agonía: que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entonces está adormida. Mas quiso Dios que nos pareciese comúnmente la muerte tan espantable, con señales de tormento, porque

a los que la buscan con deseo de acabar sus males les pareciese que es ella otro mayor, y así cada uno antes quisiese padecer vida miserable que buscar remedio en la muerte; la cual, si nos pareciera fácil y suave, los afligidos que andan olvidados de las penas del infierno, no temiendo las del morir, dejarían la vida, y padeciera el género humano muy gran detrimento.

Así que los espantos de la muerte no son sino guardas de la vida, por la cual es verdad —como dijiste— que pasamos acelerados. Pero si tú porfías que ay tantos males en la vida, ¿qué mejor remedio pudo haber que en breve pasarlos? ¿O qué mal hallas tú en la muerte, pues es el fin de la vida, donde dices que ay tantas aflicciones? No es la muerte mala sino para quien es mala la vida, que los que bien viven, en la muerte hallan el galardón, pues por ella pasan a la otra vida más excelente, con deseo de la cual lloraba David, porque los días de su tardanza le eran prolongados. San Pablo, acordándose que le fue en revelación mostrada, siempre deseaba su muerte por pasar por ella a la vida perdurable, que, como él dice, ni ojos la vieron, ni la oyeron los oídos, ni el corazón la comprende. Mas entendemos de ella que Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en Él apacienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se harten de su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamás tan alto bien, mas antes con esperanza de recobrar sus cuerpos, que tienen en deseo. Por hallarse en aquellos mismos castillos do se defendieron de los vicios y ganaron tanta gloria.

El día postrero se los darán, no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil: hermosos y resplande-

cientes así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenecen para ser moradas donde vivan las almas a quien hace Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos libres del profundo del infierno, donde está la multitud de los espíritus dañados; allí se verán en los cielos, ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divina sabiduría, hartando su voluntad con amor de la gran bondad de Dios, apacientando los ojos corporales en aquella carne humana con que Dios nos quiso parecer. Y veremos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió, que fueron las llaves con que nos abrió el Reino donde entonces estaremos; y al fin allí, ensalzados sobre la luna y el sol y las otras estrellas, veremos cuanto viéremos, todo para crecimiento de nuestra gloria que Dios nos dará como padre liberal a hijos muy amados.

Éste es el fin al hombre constituido: no la fama ni otra vanidad alguna como tú, Aurelio, decías; y éste es tan alto, que aunque se puede considerar cuán excelente será —pues se dará Dios al hombre en su eterna bienaventuranza, como antes decía—, sin que ya tengamos más que decir dé el, habiéndolo ensalzado Dios para tanta grandeza, tú, Dinarco, verás agora lo que te conviene juzgar del hombre conforme a la grande estima que Dios ha hecho dé el.

DINARCO. —Yo no tengo más que juzgar de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conocer y representar lo que Dios ha hecho por el hombre; y preciar también mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste con tu agudeza tantas razones para defenderla. Y vámonos, que ya la noche se acerca sin darnos lugar que lleguemos a la ciudad antes que del todo se acabe el día. *